


MARVEL

MACKENZIE
LEE



LOKI

DONDE LA MALICIA YACE

 Planeta

FROM

LOKI

DONDE YACE LA MALICIA

BY

—

MACKENZI LEE

MARVEL

 Planeta

FRAM

Capítulo Uno

El Festín Real de Gullveig, como toda celebración asgardiana, era motivo de deleite para todo aquel que disfrutaba escuchar discursos exageradamente largos, intercambiar cumplidos vanos y recibir pisotones, porque el Gran Salón siempre estaba abarrotado y nadie sabía caminar en tacos.

Loki estaba convencido de que todos odiaban los banquetes y de que nadie se atrevía a decir nada al respecto para no parecer de mente estrecha. Ya que él tenía plena confianza en el (gran) tamaño de su mente y en su habilidad para caminar en tacos, no tenía problema en decirlo.

—Detesto los días festivos.

A su lado, en la fila de recepción de miembros de la realeza, Thor no dejaba de esbozar esa sonrisa

de político que había estado practicando para ocasiones de Estado como esta. Solo dejó de sonreír momentáneamente cuando Loki comentó que al enseñar tanto los dientes dejaba a la vista el pedazo de comida que tenía atorado entre ellos; Thor los recorrió con la lengua por algunos minutos, frunciendo los labios de manera grotesca y provocando que varios cortesanos que se aproximaban cambiaran de dirección al verlo. Después de un rato, se dio cuenta de que no tenía nada.

—Los días de fiesta son importantes —replicó Thor—. Inculcan cobranza en los líderes asgardianos de nuestra corte.

—*Confianza* —lo corrigió Loki.

La sonrisa de Thor no desapareció, pero juntó las cejas.

—¿Qué?

—Yo también memoricé esa cita —respondió Loki—. Es *confianza*.

—¿Y qué dije yo?

—Dijiste... Olvídalo. —Loki esbozó su propia gran sonrisa y alzó la voz para que Thor pudiera escucharlo por encima de los músicos, que interpretaban una animada canción popular—. Lo dijiste perfectamente bien.

Thor ajustó la corona que llevaba en la frente, alrededor de la cual empezaban a acumularse gotas de sudor que escurrían por sus cejas. A Loki

también le habían ofrecido una corona, su madre había seleccionado una trenzada y plateada con incrustaciones de gemas para él; sin embargo, a pesar de que las cosas brillantes eran de sus cosas favoritas en el mundo, había optado por una imagen más sofisticada y sutil, que habría quedado totalmente arruinada con la corona. Aunque no disfrutaba los días de fiesta, no había motivo para no lucir bien. Las botas que llevaba le inspiraban deseos de pavonearse por todo el salón: eran negras, hasta la rodilla y con tacos tan largos y delgados como las dagas que ocultaba en sus mangas; su abrigo era de cuello alto y tenía un bordado verde en los hombros; los pantalones que vestía eran sueltos y del mismo color. Amora le había dicho alguna vez que el verde hacía que sus ojos lucieran como joyas, pero procuraba no usarlo en exceso; era mejor que Amora no creyera que se tomaba su consejo demasiado en serio. Si bien era cierto que siempre tenía la razón, ella no tenía por qué saberlo.

Loki recorrió la fila de dignatarios con la mirada, dirigiéndola más allá de Thor y Frigga, con sus ondeantes túnicas plateadas. Frigga mantenía las manos ocultas bajo las mangas de su túnica mientras sonreía y asentía en respuesta a la mujer asgardiana que elogiaba con torpeza lo hermoso que se veía el cabello de la reina con esos mechones grises. Del otro lado, se encontraban los embajadores

Capítulo Uno

de Varinheim y Ringsfjord; inclinaban la cabeza mientras charlaban con la Reina Jolena, quien no paraba de gritarles que hablaran más fuerte. Más allá de ellos, Karnilla, la reina norn y hechicera real de Odín, permanecía firme como soldado; sus oscuras trenzas estaban unidas y envolvían un tocado dorado con una piedra preciosa morada que descansaba sobre su frente. La expresión de su rostro estaba vacía. En todo el tiempo que llevaba en la corte, Loki nunca la había visto mostrar expresión alguna que no fuera una obediente mueca de reconocimiento. Una de sus manos de largos dedos se posaba sobre el hombro de Amora, como si estuviera segura de que su aprendiz desaparecería de algún modo si no hubiera algo que la sostuviera.

Lo cual no era del todo imposible.

Amora se veía obviamente aburrída, mucho más de lo que a Loki le parecía apropiado para un evento público. Mucho más aburrída de lo que él podría demostrar libremente sin recibir un sermón de su padre. Tal vez ella también recibiría uno de parte de Karnilla, pero lo que su maestra pensaba parecía importarle mucho menos a Amora de lo que a Loki le importaban las opiniones de Odín. Loki deseaba poder darse ese lujo. Deseaba no tener la sensación de que su padre registraba todo lo que él hacía, bueno o malo, en una lista de dos columnas, archivada hasta el día en que decidiera nombrarlo a

él o a Thor heredero de la corona de Asgard. Todo sería mucho más fácil si solo hubiera un heredero. Amora era la única estudiante que Karnilla había aceptado y la única persona en Asgard cuya magia era lo suficientemente fuerte como para cargar con la responsabilidad de ser la hechicera real y la reina norn. El poder de Amora la hacía deseable; el poder de Loki lo hacía sentir la necesidad de ocultarlo.

Nadie quería a un hechicero como rey. Los reyes de Asgard siempre habían sido guerreros, guerreros de cabello largo y dorado y armaduras pulidas. Guerreros que ostentaban casualmente las cicatrices que las batallas les habían dejado, como accesorios llamativos. «Oh, ¿esta insignificancia? No es más que el pequeño recuerdo que me dejó un sakaaran rebelde que fue lo suficientemente tonto como para medir su fuerza contra la mía».

Amora logró alejarse disimuladamente de Karnilla, lo suficiente como para tomar una copa de una de las bandejas que sostenía uno de los sirvientes de la cocina que iba pasando frente a ella. Loki la observó tocar la superficie del líquido con un dedo, haciendo levitar en el aire una sola gota a unos centímetros de su palma, hasta que, sin siquiera mirar, Karnilla estiró la mano y, al colocarla sobre la de Amora, detuvo el encantamiento. Amora puso los ojos en blanco y, entonces, tal vez

Capítulo Uno

porque se percató de la inapropiada cantidad de tiempo que Loki llevaba contemplándola, lo miró. Sus miradas se encontraron y ella le esbozó una sonrisa delgada y chueca. Loki sintió que las orejas se le ponían rojas y casi apartó la mirada, como si de esa forma pudiera negar el hecho de que lo había descubierto observándola. En cambio, en vez de apartar la mirada, abrió los ojos de modo exasperado, a lo que ella respondió con un gesto con el que simulaba ahorcarse.

Él resopló. Thor lo miró con el ceño fruncido y siguió su mirada, pero Amora había recobrado la compostura y sonreía al lado de Karnilla mientras ambas saludaban al cortesano que se había acercado a hablar con ellas. Parecía estar haciendo un gran esfuerzo para que su sonrisa luciera lo más artificial posible (tanto esfuerzo como el que estaba aplicando Thor para que la suya se viera sincera), pero sonreía, al fin y al cabo, así que nadie podía acusarla de tener mala disposición.

Thor frunció el ceño aún más, haciendo que su corona bajara de su frente; la reacomodó antes de darse vuelta, con un resoplido que fue una imitación perfecta de su padre.

Cuando las miradas de Loki y Amora volvieron a cruzarse, ella hizo un gesto sutil señalando los mosaicos del suelo y alzó las cejas.

Loki dudó. Una cosa era llevar a cabo los pequeños hechizos que Amora le había enseñado en la cena o en el salón de clases, pero hacerlo en un evento oficial era algo de otro nivel. Aunque sería algo inofensivo. Después de todo, había sido su idea cambiar a rosa el color de los mosaicos del Gran Salón; lo había dicho en parte como una broma, con la esperanza de impresionarla con la audacia de su idea y la creatividad de su hechizo aunque sin llevarlo a cabo en realidad.

Pero Amora era de esas personas a las que no les gusta dejar nada a medias. Si existía la posibilidad de intentar algo, había que hacerlo sin importar las consecuencias. Y siempre había consecuencias, ya fuera una palmada en la cabeza de parte de un tutor hastiado o una audiencia privada en los aposentos de Karnilla.

Amora lo hacía todo sin importar nada.

Loki sentía una ardiente envidia por su intrepidez, por la manera en que parecía no sentir vergüenza alguna cuando Odín o Karnilla la reprendían. En contraste, su corazón siempre se agitaba, sin importar lo mucho que alzara el mentón de manera desafiante, sin importar lo inocente que se considerara. Una vez, cuando era niño, había usado su magia para apagar todas las luces del palacio simultáneamente. Se sintió desconcertado

Capítulo Uno

cuando Odín no reaccionó del modo encantado y orgulloso que esperaba: todo lo contrario, se veía tan furioso que Loki temió que lo golpeará. Pero en vez de eso, lo envió a su habitación para que estuviera completamente a solas, retorciéndose con una vergüenza que no lograba entender, hasta que, finalmente, su madre llegó y le explicó que sería mejor que no utilizara la magia que sentía vibrar por sus huesos, que en su lugar se dedicara a entrenarse como guerrero, al igual que su hermano. Según ella, sería lo mejor para su futuro. Su madre le había hablado con amabilidad, como siempre lo hacía, pero la humillación de aquel momento seguía eternamente presente en cada hechizo que lanzaba.

Aunque no había lanzado muchos antes de que Amora llegara a la corte. Había tratado de convertirse en un guerrero, de correr más rápido y entrenar más duro, de aprender a recibir un golpe sin doblarse. Todas esas cosas que Thor hacía sin esfuerzo aparente, las habilidades que, según les habían dicho, eran las más adecuadas para un futuro rey de Asgard. Por su parte, la única habilidad que Loki parecía poseer era la de convertir el aguamiel de su hermano en babosas mientras lo bebía, y nuevamente en líquido cuando lo escupía.

Claro, no era la mejor estrategia para lidiar con sus emociones, pero era *su* estrategia.

El truco de las babosas fue lo que llamó la atención de Amora. Después de que Thor escupió el aguamiel por toda la mesa, Odín lo reprendió por sus malos modales frente a sus invitadas, la reina norn, Karnilla y su aprendiz Amora, durante su primera noche en el palacio asgardiano. Thor insistió vehementemente en que había encontrado babosas en su copa y en que estaba muy, muy seguro de ello; mientras tanto, sin saber por qué, la mirada de Loki se había deslizado al otro lado de la mesa, hacia Amora, quien también lo observaba. Ella no pudo evitar una sonrisa imperceptible aun con el tenedor en la boca; de repente, apartó la mirada y él siguió contemplando la comida frente a ella.

Loki se había dicho a sí mismo que las babosas eran su manera de desquitarse de que Thor lo hubiera derribado en la arena de combate esa mañana, aun cuando había prometido no hacerlo. Una promesa que había olvidado rápidamente una vez que se percató de que Sif estaba observándolos. Claro que no lo había hecho porque Amora fuera una hechicera, el primer ser mágico que había conocido además de su madre, que siempre usaba su magia de maneras pequeñas y controladas. «Magia para fiestas de té», así era como Loki había llegado a considerar los hechizos de su madre. Frigga siempre se había esforzado por mantener sus poderes

ocultos y siempre había incitado a Loki a hacer lo mismo. Pero a Amora le permitían mostrar *sus* poderes libremente y a hacer ostentación de ellos como parte de su entrenamiento para su futura posición en la corte. Desde luego que no lo había hecho por su largo cabello color miel, que llevaba amarrado en un nudo infinito como serpientes entrelazadas. Y definitivamente no lo había hecho por esas facciones finas o esa sonrisa torcida.

«¿Qué esperabas?», se reprendió mientras pinchaba un pedazo de carne con su tenedor y observaba cómo volvía a caer en la gruesa y aceitosa superficie. «¿Que se emocionara por encontrar a otro ser mágico en Asgard?». Un hechicero al que nunca le habían enseñado cómo controlar sus poderes, lo cual resultaba en que usualmente se le escaparan en forma de trucos torpes y poco elegantes que él mismo había aprendido con grandes esfuerzos.

Aunque el de las babosas había estado bueno.

Su mirada se dirigió nuevamente a Amora, pero sus ojos, casi totalmente negros salvo por unas cuantas venas delgadas color esmeralda bifurcadas a lo largo como una tormenta ácida de rayos, estaban posados en Karnilla. Mientras ella escuchaba a Karnilla y a Odín discutir la futura tutela que recibiría en la corte, antes del Festín de Gullveig, y cómo eso la prepararía para su futuro papel como mano derecha de uno de los hijos de Odín, Loki

se sintió insignificante y extraño de nuevo, como si no fuera digno de recibir la atención de alguien que había considerado parecida a él.

Pero al final de la comida, cuando terminó su vino, encontró un pequeño caracol en el fondo de su copa, retorciéndose letárgicamente entre los residuos. Levantó la mirada, pero Amora ya se había ido, dejándolo solamente con esa desagradable tarjeta de presentación.

—El truco de las babosas es ingenioso —le dijo después, cuando la encontró en la biblioteca del palacio, acurrucada en una banca frente a una de las ventanas circulares con vista a los jardines. Tenía una pila de libros a sus pies, Loki estaba seguro de que los había tomado solo para lograr un efecto estético—. Pero ¿no sería mejor esperar y transformarlas cuando las esté tragando? Es mucho más desagradable tragarse un bocado de babosas que escupirlas en la mesa, ¿no crees?

Loki no había pensado en eso. Además, no estaba seguro de tener el suficiente control sobre sus poderes como para programar un hechizo con tanta precisión.

Ya que él no respondió, Amora despegó la mirada de la página del libro que tenía abierto sobre su regazo; Loki estaba seguro de que sabía lo bien que lucía con esa mirada de indiferencia. Se había soltado las trenzas, y la inclinación de su mentón hacía

que su cabello cayera perfectamente como cascada por sus hombros, como una alfombra desenvuelta a los pies de un rey, dándole la bienvenida.

—¿Quién te enseñó a hacer eso? —preguntó ella.

—Nadie —respondió Loki. Él mismo había pulido todas las habilidades que poseía, por lo que el entendimiento que tenía de sus propios poderes era irregular, rudimentario y frustrantemente endeble. Podía sentir el poder recorrer con fuerza su interior, profundo como un pozo, pero no podía encontrar la manera de acceder a él.

—No sabía que el hijo de Odín era un hechicero —comentó ella.

—Hay una buena razón. —Quería sentarse a su lado, pero le parecía demasiado atrevido, como si asumiera, sin evidencia alguna, ser lo suficientemente interesante como para que ella lo quisiera cerca. En vez de eso, optó por recargarse casualmente en uno de los estantes, pero no estaba tan cerca como él había pensado y casi terminó recargándose en el aire—. Los asgardianos no quieren que sus príncipes sean hechiceros. No es la clase de poder que valoran.

Amora se quedó observándolo por un momento, luego dobló la esquina de la página antes de cerrar el libro, un gesto que evocaba tanta destrucción en miniatura que lo invitaba a arrugar las

páginas de todos y cada uno de los libros en la biblioteca de su padre.

—¿Odín no ha contratado a nadie que te enseñe? —le preguntó—. ¿O qué hay de tu madre? Ella es hechicera.

—No —respondió él, seguro de que se había hundido unos centímetros en la alfombra—. Es decir, sí, lo es. Pero mi padre no quiere que estudie magia.

—Porque te tiene miedo.

Loki no pudo evitar soltar una carcajada al pensar en Odín, cuyo cuerpo parecía una gran roca, con una personalidad aplastante a juego, asustado de uno de sus propios hijos, particularmente del más pequeño y flacucho.

—No me tiene miedo. Solo quiere que sea el mejor contendiente posible al trono, así que me pone a entrenar con los soldados.

Esta vez fue Amora la que rio.

—Eso es como mantener un buque de guerra en aguas poco profundas. Qué desperdicio. —Acarició el lomo del libro mientras evaluaba a Loki. Por la forma en que su cuerpo se ajustaba en el alféizar, parecía estar hecho de humo. Se había quitado los zapatos, y los dedos expuestos de sus pies se doblaban sobre la repisa de piedra—. No eres un soldado —dijo ella—, eres un hechicero. Y alguien debería enseñarte a serlo.

—Alguien debería —respondió.

Ella le ofreció una sonrisa, que él sintió como una daga lentamente desenvainada, con ese zumbido metálico y el momento de quietud que preceden al ataque; luego volvió a abrir el libro que tenía sobre su regazo. Loki sintió que su corazón se hundía, mientras pensaba que había sido demasiado opaco, demasiado ilegible, demasiado frío, todo lo opuesto a su hermano, todo lo que sus tutores le habían dicho que no debía ser, el motivo por el cual otros aprendices en el campamento de guerreros se burlaban de él.

Pero, entonces, ella bajó los pies de su asiento y dijo:

—¿No vas a sentarte?

Y así lo hizo.

Habían pasado meses desde aquel día. Meses en los que Loki y Amora se habían vuelto un dúo inseparable, tanto que los sirvientes murmuraban sobre ellos y los cortesanos desaprobaban su amistad. Incluso en ese mismo momento, en el Gran Salón durante la celebración, Loki sentía sus miradas sobre él, tratando de determinar si su relación con la obstinada aprendiz de Karnilla lo había alterado de modo notable.

Por encima de él, las velas de los candelabros en forma de navío que decoraban el techo del Gran Salón parpadeaban, y su luz danzaba sobre

las hojas doradas que adornaban el revestimiento de los muebles. La forma del techo siempre le había recordado al interior de un instrumento, arqueado y curvado en sitios específicos, diseñado para amplificar el sonido y dar un efecto de grandeza y majestuosidad a cada evento. Loki miró los mosaicos bajo sus pies, negros con manchas doradas salpicadas por aquí y por allá, que a su vez formaban las elaboradas e intrincadas raíces que se unían para formar una representación del Yggdrasil en la base de la gran escalinata. Cuando su mirada volvió a toparse con la de Amora, ella batió las pestañas de forma exagerada y juntó las manos suplicante; en ese instante, Loki se supo capaz de incendiar todo el salón y correr desnudo por él si ella se lo pidiera.

—¿Qué estás tramando? —murmuró Thor a su lado.

—¿Tramando? —repitió Loki, esbozando su mejor sonrisa para ahuyentar a un cortesano que se acercaba a ellos—. Yo nunca tramo.

Thor resopló.

—Por favor.

—¿Por favor qué? ¿Por favor, trama? —Thor le dio un pisotón a Loki, quien tuvo que morderse la lengua para contener un grito de dolor—. Ten cuidado, les tengo más cariño a estas botas que a ti.

La mirada de Thor recorrió la fila hasta donde Amora se encontraba de pie con una expresión

exagerada de inocencia. Él no le había tomado el mismo aprecio que Loki. Los había acompañado en algunas ocasiones durante sus aventuras por el palacio, pero siempre a regañadientes, vigilando constantemente para asegurarse de que no los descubrieran y repitiendo una y otra vez: «Creo que no deberíamos estar haciendo esto». De hecho, lo repetía tanto que Amora sugirió cobrarle por cada vez que lo dijera. Finalmente dejó de acompañarlos, lo que le pareció bien a Loki. No quería compartir a Amora con su hermano. No quería compartirla con nadie. Era toda suya, de un modo en que nadie lo había sido antes, de un modo en que nadie había querido serlo. Y le agradaba la idea de que Thor estuviera fuera de la conversación por una vez en la vida.

Thor nunca le había dado una opinión directa sobre Amora. En realidad, nadie lo había hecho; se limitaban a murmurar a sus espaldas como siempre lo hicieron con Loki. Demasiado impredecible, demasiado fuerte, no deberían dejarla salir de Nornheim, incluso si el rey y su hechicera creían que la estructura y rigidez de la corte real lograrían atemperar su fuerte voluntad.

De pronto, se escucharon tres fuertes ruidos que interrumpieron el parloteo que reinaba en el salón. Los músicos dejaron de tocar, los cortesanos guardaron silencio y todos miraron a la

cima de la gran escalinata. Loki giró junto con los demás funcionarios reales formados y alzó la mirada hacia donde se encontraba Odín, ataviado en su vestimenta de fiesta, de un color rojo profundo, y sosteniendo a Gungnir, su lanza. Su barba estaba entretejida con hilos dorados, y sobre su cabeza yacía una corona parecida a la de Thor. Loki sintió una punzada de arrepentimiento. Tal vez debería de haber usado la suya, sin importar cuánto contrastara con el resto de su atuendo.

—¡Asgardianos! —La voz de Odín resonó por todo el salón, y su eco rebotó en el techo curvo—. Amigos, visitantes, distinguidos invitados de los Nueve Reinos, nos honran con su presencia en este gran día en el que celebramos nuestro sagrado Festín de Gullveig.

Loki ya había escuchado algunas variaciones del mismo discurso, en cada día de fiesta desde que era niño. Le parecía increíble la cantidad de guerreros heroicos asgardianos que tenían su propio día de fiesta conmemorativo, y aunque la comida siempre era buena, no valía la molestia de tener que permanecer de pie en una incómoda fila de bienvenida, recibiendo palmaditas en la cabeza por parte de los cortesanos y después soportar el aburrido discurso de su padre, en el que ensalzaba las hazañas de uno más de los tantos hombres rubios con bíceps musculosos e insaciable sed de sangre del enemigo de

Asgard al que estuvieran honrando en cualquiera de las múltiples celebraciones.

Pero el Festín de Gullveig era distinto en un aspecto muy significativo.

—Hoy —continuó Odín, llevándose un dedo al parche que cubría su cavidad ocular vacía mientras miraba alrededor del salón— celebramos el día del rey guerrero que, hace cien siglos, aprovechando las corrientes de escarcha de Niflheim durante el sitio de Muspelheim, forjó el Espejo Que Todo Lo Ve. El mismo espejo que hemos sacado de la cámara del palacio y que, combinado con la fuerza y el poder de nuestra hechicera real de Nornheim, nos otorgará una visión de la próxima década y de las amenazas que Asgard tendrá que enfrentar. Así, mantendremos nuestro reino a salvo de las amenazas provenientes de los Nueve Reinos, incluso del Ragnarok. El Espejo Que Todo Lo Ve no da respuestas exactas ni certidumbre absoluta, y aunque su ojo solo se abre en este día cada década, las visiones que revela han ayudado a que Asgard se mantenga fuerte por siglos. En cuanto esta celebración llegue a su fin, me reuniré con mis generales y consejeros, y juntos idearemos las mejores estrategias para asegurar que el futuro de nuestra gente sea próspero.

Los profesores de historia de Loki le habían enseñado todo al respecto para prepararlo para la fiesta, la primera (al menos que él recordara) en

la que habían sacado el Espejo Que Todo Lo Ve y a la que Karnilla había asistido para utilizar sus poderes. Aun así, se alzó un poco sobre la punta de sus pies para ver mejor cuando los dos soldados Einherjar abrieron la cortina detrás de su padre.

El Espejo Que Todo Lo Ve era una pared de obsidiana negra y brillante, un cuadrado perfecto con un delgado marco dorado con intrincados símbolos mágicos de oro tallados en cada esquina. Ya lo había visto antes, cuando Odín los llevó a él y a Thor a la bóveda debajo del palacio y les explicó el poder de cada uno de los objetos que guardaban ahí y todo lo que él había hecho para mantener a su gente a salvo de ellos; sin embargo, lejos de las paredes oscuras, de la poca luz de la bóveda y sin estar rodeado de todos los artefactos que Odín había capturado para prevenir el fin del mundo, el espejo era mucho más imponente, más poderoso. Permanecía derecho por sí solo, sin patas ni soporte. El salón, que ya estaba silencioso, pareció quedar sumergido en una quietud aún más absoluta.

Karnilla había subido las escaleras y, después de que Odín le ofreció una mano, caminaron juntos hacia el espejo. Él se colocó de un lado y ella del otro, presionando sus palmas contra la superficie. Odín pasó a Gungnir a uno de los soldados Einherjar y luego giró hacia su gente otra vez con los brazos extendidos.

Capítulo Uno

—¡Por otra década de paz y prosperidad en nuestro gran reino!

Loki sintió que alguien le rozaba el hombro y, acto seguido, escuchó la voz de Amora en su oído.

—Entonces ¿cambiamos los mosaicos ahora, mientras tu padre está ocupado, o queremos que todos se den cuenta de cómo contrasta el fucsia con su atuendo?

La respuesta de Loki fue interrumpida por un crujido de energía proveniente de la cima de la escalinata. Sintió que se le erizaban los vellos de la nuca y, de pronto, el aire se tornó caliente y pesado, como antes de una tormenta eléctrica. Un rayo de luz blanca atravesó de forma errática el techo del Gran Salón. Los cortesanos presentes soltaron un grito ahogado, pero desde su sitio frente a Odín, en el extremo opuesto del espejo, Karnilla alzó la mano. La luz voló hacia su puño y se arremolinó alrededor de él. Loki quedó boquiabierto, lo maravillaban la elegancia, el control, la forma en que la magia atravesaba el aire y respondía a su llamado.

Sintió que Amora lo llamaba por la espalda.

—Loki.

Karnilla abrió la mano y la presionó contra la superficie de obsidiana. Los símbolos en cada esquina del espejo brillaron; las líneas de las runas fulguraban con tal intensidad que por un momento pareció que se encenderían en llamas. Unas ondas

similares a las que se forman al arrojar una piedra a un estanque recorrieron la superficie del espejo y el ojo de Odín se puso blanco. Las imágenes del futuro de Asgard se proyectaban sobre la superficie del espejo, pero solo él podía verlas.

—Tengo la sensación de que no me estás escuchando —dijo Amora. Esta vez, sus labios estaban tan cerca de la oreja de Loki que él podía sentir su respiración.

—Silencio —susurró Thor desde detrás del otro hombro de Loki.

Amora lo miró.

—Oh, lo siento. ¿Estoy interrumpiendo algo importante?

Otro rayo de luz voló por el techo hasta la mano de Karnilla.

—Muestren algo de respeto —murmuró Thor entre dientes.

—¿Qué tiene de irrespetuoso lo que dije? —respondió Amora.

—El simple hecho de que estés hablando es irrespetuoso.

De pronto, Loki sintió una mano en el hombro y se dio vuelta mientras su madre se colocaba entre él y Amora, sin dejar de mirar a Odín en la cima de la gran escalinata y apretando su hombro con gentileza.

—Suficiente —dijo en voz baja. Loki quería protestar y aclarar que él había sido el único que *no*

había estado hablando durante la importante ceremonia, pero Frigga volvió a apretar su hombro, y él se tragó sus palabras.

Otro rayo salió de la mano de Karnilla a la superficie del espejo, pero este era distinto. Loki sintió un cambio en el ambiente, un cambio en la magia que lo hizo estremecer. Su madre también debió haberlo sentido, porque la mano que tenía sobre su hombro sufrió un ligero espasmo. Odín retrocedió abruptamente del espejo, alzando una mano como si tratara de alejar algo. Entonces un grito audible escapó de su garganta. Del otro lado, Karnilla se detuvo; su mano permanecía en el aire y los hilos de luz blanca seguían zumbando como un enjambre a su alrededor.

Entonces Odín se alejó del espejo rompiendo así el hechizo. La magia desapareció de sus ojos, dejando atrás sus oscuros iris inundados de pánico. Se tambaleó y se sostuvo de la baranda. Toda la multitud reunida emitió un grito ahogado. Uno de los soldados Einherjar se acercó a Odín, pero este lo hizo a un lado, tomó su báculo y bajó las escaleras a toda velocidad. Estaba tratando de mantener la compostura, pero se veía exaltado. Karnilla dejó que el hechizo y la luz se extinguieran entre sus dedos antes de salir de detrás del espejo y bajar por el lado opuesto de las escaleras para seguir a Odín.

—Que siga la fiesta —le ordenó Odín al capitán que se encontraba saludando en posición de firmes en la base de la escalinata—. Regresaré en breve.

Se detuvo y sus ojos se movieron, primero hacia Thor y luego hacia Loki. Su mirada era tan intensa y seria que Loki sintió que un escalofrío recorría su piel. Fuera cual fuera la visión que su padre había tenido, de pronto tuvo la certeza de que, de algún modo que no podía explicar, ellos habían sido parte de ella.

Odín pasó una mano por su barba y luego le indicó a Frigga con un movimiento de dedos que lo siguiera.

—Mi reina, acompáñame.

Loki sintió que la mano de su madre abandonaba su hombro cuando ella siguió a Odín fuera del salón, con Karnilla y sus centinelas en la retaguardia. Las puertas del Gran Salón se cerraron de golpe detrás de él y el ruido que se había ausentado momentáneamente volvió a inundar la habitación, más agudo y ansioso esta vez.

Amora y Thor estaban de pie a ambos lados de Loki, en silencio, contemplando el último lugar donde habían visto a Odín. Todos los pensamientos sobre mosaicos rosas que cambiaban de color bajo los pies de la corte se evaporaron de la mente de Loki y fueron remplazados por una fría sensación de vacío en su estómago que no podía explicar

Capítulo Uno

ni desvanecer. Nunca había visto un temor igual reflejado en el rostro de su padre, si es que se trataba de temor. La mirada que le había dirigido era tan extraña que le resultaba imposible descifrarla.

—¿Qué ocurrió? —preguntó finalmente Thor.

—Creo que la pregunta es: ¿qué fue lo que vio?
—respondió Amora.